



Lo que permanece del Siglo en nuestro tiempo

Leandro García Ponzo*

Toda mitología doma, domina, conforma las fuerzas de la naturaleza en la imaginación y por medio de la imaginación; ella desaparece pues en el momento en que esas fuerzas son realmente dominadas.

Karl Marx, **Gründrisse**

Una restauración es en primer lugar una aserción en cuanto a lo real, a saber, que siempre es preferible no tener relación alguna con él.

Alain Badiou, **El Siglo**

Naturaleza del problema

Nunca los dos rasgos esenciales que Aristóteles atribuye a los humanos —ser racionales y políticos— se vieron tan amenazados como en nuestra época. Se trata del corazón de lo que somos. La creciente disolución del lazo social, la cesión de la facultad del pensamiento —y la palabra— a inteligencias algorítmicas, el reordenamiento del mundo a modo de una colección de individuos que reniegan del saber y del afecto, jaquean esta profundidad. El riesgo proviene, en su raíz más honda, de una posición frente a lo que es más primitivo en él. Esto primitivo, silencioso, abierto y de temer, se nombra como lo real.

Badiou anunció, hace dos décadas, que comenzábamos a emprender el camino de una restauración que pareciera querer desentenderse de lo real.¹ Más cerca en el tiempo reclamará la búsqueda de este real perdido, intentando

sustraerlo de su sosias: la imposición capitalista del número vacío.² Complementariamente, Miller reclamará "un real para el siglo XXI".³

Lo cierto es que el Siglo aparece ahora como lo perdido. Nada puede discernir adecuadamente la medida de su permanencia, con excepción, quizás, de lo que abjuramos de él. El siguiente escrito es el intento de calibrar el proceso por el cual accedimos a nuestro presente a partir de la tentativa de evadirnos de lo que representa el siglo pasado, que fuera albacea de futuros algo más auspiciosos que los que podemos prefigurarnos hoy. La mecánica del texto debería exhibir un análisis dinámico de la posición del sujeto frente a lo real, que va desde la caracterización badiouana del siglo XX hasta ésta, prematura y provisional, de nuestros días.

Toda época se defiende de lo real. El siglo XX lo hizo mediante su exposición al desastre, es decir, por su voluntad de revelar lo real a través de una instalación violenta y destructiva. Fue su manera original de escamotearse. Sin embargo, es cierto que lo buscó como quizá nunca antes. Precipitadamente, con hambre, quiso decir, tocar, manipular, poseer, anidar y eternizar lo real. Conjeturamos que, si el Siglo tuvo por esencia esta vocación de lo real, su búsqueda frenética por vías expuestas al riesgo y la destrucción, nuestro tiempo —avancemos, transicional y no tipificable aún⁴— es el resultado de una *renegación de lo real*,⁵ ubicable

* Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2212-917> Correo electrónico: leagarciaponzo@gmail.com

1 Si el capitalismo es el único sistema —teórico, económico y político— que no tiene resto y que deja, por eso mismo, al sujeto frente el acecho de su disolución, ante el riesgo de quedar fuera de su funcionamiento maquinal y total, la meditación por lo que fuera este sujeto amenazado —teórica, económica y políticamente— gana vigor.

2 Alain Badiou, **En busca de lo real perdido**, Buenos Aires, Amorrortu, 2016.

3 Jacques A. Miller, **Un real para el siglo XXI**, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2014. Allí asigna a los psicoanalistas la labor de desarmar la defensa contra lo real para alcanzar la singularidad de cada quien, luego de la caída de las leyes de la modernidad.

4 Esta condición pareciera ser el síntoma mismo de la renegación. La transición supone dar por perdido lo pasado y albergar la esperanza de una repetición de lo perdido, bajo el signo de lo mismo o de lo otro. Renegar de lo real es consonante con echarlo en falta. Si se agrega que nuestra época reconoce lo real en épocas pasadas y que reclama uno nuevo, la experiencia no podría ser otra más que la de la inmediatez del presente continuo, sin principios rectores que, aunque pasibles de ser rebatidos, organizaran sin embargo la temporalidad y la vida humana.

5 Renegación adquiere aquí el sentido técnico de una operación subjetiva que, aún corroborando la existencia de un estado de cosas, propone un discurso que lo contraviene.

entre su mera negación y el anhelo de su supresión lisa y llana. Conservamos del siglo la pasión, sólo que trocada ahora en un intenso deseo de ignorar.⁶

La relación entre la meditación sobre una época y una topografía del sujeto en relación con lo real estaba prevista en el enunciado octavo de **Lógicas de los mundos**: "El resultado de la acción de un sujeto concierne a un nuevo presente", donde concernir significa a la vez producir y ser afectado.⁷ Allí mismo, Badiou presenta tres figuras y cuatro destinaciones subjetivas. Creemos que el tipo de posición subjetiva actual se localiza en un pasaje entre un sujeto reactivo y otro oscuro; el primero negando un nuevo presente, el segundo ocultándolo.

Que la renegación tenga su origen en una torsión autolesiva —surgida de la culpa— luego de los desastres a los que nos sometió la *pasión de lo real* del siglo XX, es algo que puede funcionar aquí como un supuesto. Habrá que esforzarse más bien en que la filosofía interrumpa para sí este relato esterilizante, al que sucumbió hace no tanto.⁸ Y que de ese modo no reanude aquel interminable fin (de la metafísica, de los grandes relatos, de los sistemas) —tan ampuloso como la metafísica, los relatos y los sistemas mismos— del que Badiou, en una soledad considerable, logró apartarnos como destino. El primer gesto de fidelidad filosófica será, como cada vez, dar un paso más: "No sólo mantengo que la filosofía es hoy posible sino además que esta posibilidad no tiene la forma de la travesía de un final. Se trata de lo que quiere decir: *dar un paso más*. Un sólo paso".⁹ Frente a la oscuridad en ciernes, dar el paso. Declarar, dice Badiou, que lo imposible existe.

Breve caracterización del problema a la luz de una teoría formal del sujeto

El trabajo iniciado por los distintos sujetos fieles a ese real que el Siglo nos ofreciera como don presupone la iniciación paralela —como una elaboración silente— de sujetos reactivos y oscuros. Rivales y cómplices, los unos

se consagran a debilitar la sustancia de ese don, mientras que los otros se encargan de ocultar su posible aparecer.¹⁰ El sujeto reactivo tiene por propósito negar la ocurrencia de algo que pudiera devenir un presente nuevo mientras que el sujeto oscuro pretende la aniquilación del presente mismo. La dependencia de ambos respecto de la preexistencia de un sujeto fiel —que inaugura el campo subjetivo general— y la disputa que todos establecen por el estatuto del presente permiten su inserción en una secuencia triádica no exenta de impurezas y contramarchas.

El sujeto reactivo es el primero en contestar las posibilidades que ofrece la emergencia de lo real. Y en intentar sofocarlas. No se agota sin embargo en la pretendida anulación de lo que ocurrió sino que está constreñido —y esto es, en cierta medida, la confesión de que ocurrió aquello que se pretende negar— a producir *algo* que contrarreste dicha emergencia. Por eso:

la figura reactiva no podría resumirse a esta negación (la de lo real). No es pura negación acontecimental, puesto que ella misma pretende también producir algo. E incluso, a menudo pretextando modernidad, producir presente. Este presente no es, claro está, el presente afirmativo y glorioso del sujeto fiel. Es un presente medido, un presente negativo, un presente "un poco menos peor" que el pasado, aunque más no fuere porque resistió a la tentación catastrófica que, según declara el sujeto reactivo, está contenida en el acontecimiento. Lo llamaremos un *presente extinguido*.¹¹

El ejemplo clásico es el del reformista que, movilizado por el temor y por el cálculo, prefiere la ganancia exigua y ajustada a la supervivencia antes que la eclosión de una verdad. Hace depender dicha ganancia no de un acontecimiento sino más bien de su contrario, del haber huido e incluso confrontado con él. Para quien reacciona, el acontecimiento es semilla del mal y elemento inconducente. Badiou ve casos paradigmáticos de sujetos reactivos en los esclavos que en lugar de seguir a Espartaco optan por la mansedumbre que espera la generosa manumisión del amo, pero también, quizá de un modo más opaco, en Berg, en sus excesivas concesiones al viejo mundo tonal en el marco de la secuencia abierta por Schönberg y prolongada fielmente por Webern.¹²

6 Expresión de la ferocidad que aún somos y que Freud llamó "vida instintiva". Se trata de algo que cobra fulgor, y se vuelve especialmente rastreable, en momentos en los que se asiste a una contienda con la racionalidad.

7 Alain Badiou, **Lógicas de los mundos. El ser y el acontecimiento**, 2, Buenos Aires, Manantial, 2008, p. 622. Trad. de María del Carmen Rodríguez.

8 Ésta es la tesis de Badiou respecto de lo que motoriza el anhelado fin impotente de la filosofía: "Ante el juicio al que la época nos intenta someter, nuestros filósofos, echándose el siglo sobre las espaldas, y finalmente todos los siglos desde Platón, han decidido declararse culpables" (Alain Badiou, **Manifiesto por la filosofía**, Buenos Aires, Manantial, 1990, p. 8).

9 *Ibidem*, p. 11.

10 Alain Badiou, **Lógicas...**, *op. cit.*, p. 80.

11 Alain Badiou, **En busca...**, *op. cit.*, p. 74.

12 Badiou se inclina por decir que Berg es, en realidad, la confirmación de la duplicidad de todo sujeto, dado en aperturas y puntos. La conjunción se hace cuerpo en él. Sin embargo, un poco más adelante, se encarga de emplazar a Berg en el contorno exterior de un sujeto fiel: "Si, como Berg, usted negocia sutilmente con la teatralidad (o el lirismo) heredados de la rama post wagneriana del viejo mundo, la construcción del sujeto secuencial "música arrancada a la tonalidad" es más fácil, el público menos reacio, y el consenso obtenido más rápidamente. Las óperas de Berg son hoy en día clásicos de repertorio. Que el sujeto dispuesto así en las aperturas del viejo mundo sea, sin embargo, frágil, es algo que se ve en el hecho de que Berg, insensiblemente, multiplica las concesiones (resoluciones puramente tonales en Lulú y en el concierto para violín) y, sobre todo, en el hecho de que no abre la vía para la continuación



El sujeto oscuro, en cambio, es aquel que, en una cruzada contra la existencia de un presente nuevo, intenta arrancar de raíz esta ocurrencia real, comprometiéndose en su fruición con la producción de *algo* que permita desterrarla. El sujeto oscuro apela para ello a un ideologema, que Badiou nombra como "cuerpo pleno" (la Ciudad, la Raza, Dios, etc.) que tiene por doble función borrar la huella acontecimental e invocar, contra cualquier cuerpo singular que pudiera portarla, la fuerza incontestable del cuerpo pleno. Bloquea así el indicio de todo cambio; anega así cualquier vitalidad que hubiera podido brotar de dicho indicio.

Sostenemos que asistimos hoy al ascenso de una disposición subjetiva emplazable entre la forma del sujeto reactivo y la del sujeto oscuro. Esta indeterminación está dada por la coexistencia y por la sobreabundancia de sujetos que encarnan ambas figuras. El tenor subjetivo de la época es el de oponerse por alguna de las dos vías a lo que Badiou llama "la vida verdadera". No obstante, la diferencia capital es que una conserva, al modo de lo reprimido, la fidelidad a un real, mientras que la otra evade y oculta el presente mismo, sustituyéndolo por la saturación lo imaginario. Ambas configuran la atmósfera subjetiva actual. En ella, el sujeto esconde su ligazón con un real reprimido a la vez que intenta saturar esta falta con un fragmento del registro imaginario.¹³

Dado que existen cuatro procedimientos genéricos que prodigan verdades -es decir: emergencias de lo real cuyas consecuencias han sido extraídas punto por punto- podrían existir correlativamente tantas reacciones y ocultamientos. No nos dedicaremos aquí a ellos más que de un modo lateral y ejemplificante.

Nuevamente lo real

La audaz enunciación de Lacan en torno a lo real nos ha revelado la resistencia de lo real a ser domesticado.¹⁴

resuelta de ese sujeto, para la multiplicación imprevisible de los efectos del cuerpo musical instalado como novedad en el mundo. Berg es un músico grandioso, pero, cuando se hace referencia a él, es casi siempre para justificar movimientos reactivos internos a la secuencia" (Alain Badiou, *op. cit.*, p. 104).

13 Sería interesante dedicarse con mayor ímpetu que el que me permiten las circunstancias a la afectividad de esta subjetividad dual. Entreveamos que a la agresividad propiciada por la promesa fallida del siglo XX, le sucede un intento de restitución del lazo afectivo por vía de la identificación con el objeto imaginario. Sabemos que la identificación es la primera forma del enlace afectivo y también que lo imaginario es el camino regio de la relación con el otro y consigo mismo. Asumimos que esta identificación en lo imaginario implica un riesgo de desvío en la época actual, por hallarse constreñida por la saturación de imágenes producidas desde el exterior, con un fin preciso, y con la eficacia de trabajar en el nivel pulsional.

14 La trayectoria misma de Lacan en torno al concepto y las variantes propuestas para su definición, vana por lo demás, denotan esta misma resistencia. Del intento de circunscribirlo como "lo que está fuera de la experiencia analítica", al borde de la identificación con el sentido, pasando

Fallamos sistemáticamente en situar lo real como algo no coincidente ni con lo aparente sensible inmediato ni con cualquier forma de ideación. Su sustancia es evanescente, instantánea, manifestado sólo en el eclipse de lo que se dice, se hace y de lo que se opera en el nivel de la consciencia. Lo real, así dispuesto, hunde su ser en algo más profundo y a la vez perfectamente dado, sustraído a la simbolización. Pese al esfuerzo notable por pensar lo que está "antes" del acto mismo de situar, tematizar, hablar, pese a rozar lo real como carente de ley y sentido, estamos siempre a merced de la tendencia, tal vez inclausurable, de identificar lo real con el dato empírico. Sucede que cobra entidad cada vez que su fuerza incontenible, su eficacia fulminante, obran. El horror, el sexo, la muerte, en su oscuro centro, lo impronunciable de lo que somos. Notamos que lo real ha actuado sólo en tanto y en cuanto hace mella en lo significativo.

La relación entre lo simbólico y lo real opera en el nivel primario de todo lo que hay, estableciendo los límites de lo pensable en un mundo y otorgando, asimismo, ser y sentido a dicho mundo. Lo real, solamente entrevisto, soporta la existencia misma todo lo que hay, que se asienta en él; lo simbólico, la lengua de inteligibilidad, circunscribe asintóticamente lo real, impotente. Pese a tratarse de una relación no dialéctica —por impedir una síntesis pero fundamentalmente por no plantear una contradicción basamental— ocurre que el grado de adherencia es tal que lo real no puede sino surgir como quiebre local de lo simbólico mientras que cuando lo real se ausenta —o logra ser sofocado— es lo simbólico lo que debería venir a tomar su lugar. Cuando lo real falta, dice Badiou, lo simbólico, bajo el imperio del número ciego,¹⁵ lo inunda todo.

Operación primordial de la subjetividad actual

Badiou propone como clave de intelección de todo el siglo XX la pasión de lo real, vertebrada por un sentido práctico de hacer *hic et nunc* lo que el siglo anterior había prometido.¹⁶ La subjetividad contemporánea, dijimos, muta su posición respecto de lo real al menos por dos razones.

La primera, del orden diegético, estribaría en el fallo del siglo XX en su proyecto de exhumación de lo real y un posterior sometimiento violento al principio de realidad impuesto por los ganadores en la salida del "siglo breve" (i.e. el orden

por su lectura como de naturaleza significativa, hasta su intento de aproximación como aquello carente de ley y de sentido (Cfr. Leonardo Gorostiza "Anfibologías de lo real", en Jacques A. Miller, *op. cit.*)

15 El número vacío de la equivalencia infinita propuesta por el capitalismo, opuesto a la meditación sobre el ser del número (y su raíz conjuntista, es decir, fundada sobre el vacío) propuesta en Alain Badiou, **Le Nombre et les nombres**, París, Seuil, 1990.

16 Cfr. Alain Badiou, **El Siglo**, Buenos Aires, Manantial, 2009, p. 52 y ss.

capitalista global). Esta perspectiva se ubica en paralelo a lo que Rozitchner llamaría una historia horizontal (dispuesta aquí, no obstante, sobre el terreno formal del sujeto que ahora abordamos)¹⁷

La operación inicial nos introduce en una secuencia por completo necesaria para nuestra pesquisa. Luego de la capitulación producida como reacción a los desastres y renuncias del Siglo, el movimiento de relevo tuvo por función primaria suprimir la distancia entre lo real y el semblante que había tenido lugar. Esta supresión se dio bajo la forma de la instalación y gobierno total de una formación simbólica puntual, que vino a ocupar el lugar -absoluto- de lo real. La formación simbólica que conocemos como capitalismo globalizador adquirió así su potencia a partir de lo real negado (en el doble plano de la negación: la de lo real precedente; la de la supresión de la distancia entre semblante simbólico y real). Por esa sustitución amañada es que Badiou puede decir que lo real se halla hoy bajo el aspecto de una imposición; por esa misma sustitución amañada es que Fisher, Berardi y otros pueden hablar de "semiocapitalismo", es decir, un capitalismo donde los signos reinan.

Ahora bien, ocurre que lo real insiste.¹⁸ O vuelve como síntoma. Es la fuerza de vida que no se deja reducir. Era previsible que la operación de sustitución por un escenario hermético total encontrara su resistencia *real*. Éste es el segundo movimiento en nuestra secuencia, y el que explica la renegación. En efecto, la reacción al mundo "capitalismo globalizador" al que asistimos hoy en día procede principalmente de una confrontación con lo simbólico en general y con lo simbólico particular implicado en dicho mundo. En la defensa frente a lo real que se propone actualmente, el arrancamiento subjetivo se produce haciendo caer el semblante mismo, mecanismo posibilitado precisamente por haber sido identificado éste con lo real. El blanco es lo simbólico, porque "no hay más que eso". Sucede como si el sujeto actual experimentara la fatiga por haber intentado, voraz y futilmente, separar el semblante de su real, al que lo atan "lazos íntimos y necesarios" y diera por asumida la identidad propuesta por la época.¹⁹ Teniendo en cuenta el carácter total de esa formación específica, la renegación adquirirá la forma, también total, de un ataque a lo simbólico tomado como registro todo. Este hecho se acopla con la crisis generalizada de lo simbólico, anunciada ya desde hace décadas, y es convergente con lo indicado por Badiou en un análisis reciente: "Esta salida del mundo de la tradición, este verdadero tornado sobre la humanidad que

en apenas tres siglos barrió con formas de organización que habían durado milenios, creó una crisis subjetiva cuyas causas y extensión podemos percibir hoy en día, y uno de cuyos aspectos notables es precisamente la dificultad extrema y cada vez mayor que la juventud experimenta para ubicarse en el nuevo mundo".²⁰ Y un poco más adelante: "La salida del mundo del mundo no jerarquizado de la tradición no propuso una simbolización no jerárquica sino únicamente una violenta sumisión real al yugo de la economía, acompañado de reglas de cálculo sometidas tan solo al apetito de unos cuantos. El resultado es una crisis histórica de la simbolización".²¹ Es importante reparar en el cambio de escala respecto de lo que veníamos diciendo. En este nuevo marco de lectura, que comporta centurias, una crisis de simbolización de considerable magnitud pareciera estar a punto de engullir lo que fuera, otrora, una de sus elaboraciones emblemáticas: la ciencia. Buena parte los discursos que intentan dotar de sentido a este "período transicional" tienen por propósito resquebrajar el principio de realidad cuyo garante final es el discurso científico. No debería sorprendernos que ésta resulte ser el objeto predilecto del ataque, en la medida en que cumple con ser la forma de acceso epistémico privilegiado en el mundo "capitalismo globalizador" (ante el cual el sujeto reacciona) y a la vez la cifra invariante de una era completa que comenzaría a acabarse: la modernidad.

El auge de las nuevas formas religiosas —tradicionalistas o seculares— y de las teorías contra veritativas parecieran confirmar este acople entre las dos escalas. Llamamos teorías contra veritativas a las elaboraciones discursivas articuladas en torno al intento de demostrar la falsedad de una verdad científica comúnmente generalizada. Uno de sus rasgos capitales es el de ofrecer un efecto de clausura, esto es, una dotación de sentido saturado que interpreta cada ocurrencia o hecho anómalo como confirmación de la ley que provee el sentido (típico de las estructuras paranoides). El segundo es el conferirle a un otro una cantidad ingente de poder (rasgo compartido con la resolución religiosa).

La otra y segunda razón, de orden estructural, por la que se produce esta renegación de lo real, procede de la manera generalizada en la que los individuos se incorporan y enfrentan con la formación cultural actual (o, en términos de Badiou, con el mundo del "capitalismo financiarizado").

Esta manera exige una observación preliminar. Asumamos que el sujeto no se confunde con la consciencia, ni con el efecto de una estructura, ni con un agente moral. Es posible afirmar que el modo general en el que los individuos de un tiempo se vinculan con las formaciones culturales concretas insinúa el contorno de las figuras subjetivas que operan en dicho tiempo. Estas formas concretas constituyen el contenido de lo que Freud denominó "principio de realidad".

17 "Marx daba cuenta de su historia desde la infancia de la humanidad hasta nuestros días, la historia horizontal diríamos, pero no tomaba en cuenta la historia del acceso del hombre individual a la historia, la historia vertical, que está presente como un discontinuo, un hiato, un corte represivo en el tránsito de la infancia al adulto, dado por el carácter prematuro del nacimiento humano" (León Rozitchner, *Marx y la infancia*, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2015, p. 23).

18 Miller dice que "lo real siempre sorprende, golpea".

19 Alain Badiou, *El Siglo*, op. cit., p. 69.

20 Alain Badiou, *La verdadera vida*, Buenos Aires, Interzona, 2016, p. 61.

21 *Ibidem*.



El supuesto que venimos de enunciar, radicado en esa zona intermedia entre lo eminentemente formal y lo empírico, se apoya entonces en la naturaleza del principio de realidad, a la vez formal y óntico. Rigiendo el funcionamiento de la psiquis y de las sociedades, encarna, en su efectuación, regímenes de sentido específicos. Dicho esto, examinemos el mecanismo, que aquí se vuelve preciso.

El sujeto se enfrenta primariamente, en toda época, a un principio de realidad, *a priori* exterior, que es por fuerza hostil. Ahora bien, en la actualidad, podemos aislar dos singularidades relativas a su contenido. La primera es que parte de esta hostilidad tiene que ver con un forzamiento, paradójico, hacia el principio del placer. Estamos ante la conocida orden contemporánea de "¡Goza!". El daño en este caso proviene no sólo de la imposibilidad de cumplir con la orden, sino también de una sobresaturación de satisfacción placentera, a caballo, esencialmente, de la pulsión escópica. No hay originalidad en este momento del análisis. Aquí sí, con algunas diferencias, podemos ubicar al sujeto frenético del neoliberalismo. Pero la segunda singularidad, que hay que tomar en toda su dimensión puesto que converge con la reacción diegética, resulta de que esta hostilidad impuesta "desde fuera" obtiene su reacción subjetiva renegando de lo simbólico mismo. Por la adherencia misma que exhiben lo real y lo simbólico, el efecto de distanciamiento respecto de lo real induce, en el sujeto del "capitalismo globalizado", una negación de lo simbólico. Digamos que si lo real es la interrupción de lo simbólico, la forma en la que el sujeto actual se evita la confrontación con lo real es atentando contra lo simbólico mismo. Lo real resta así inaccesible, sólo presto a retornar en forma de síntoma. El falso real, ese que el capitalismo instituyó operando con lo imaginario y lo simbólico por sobre lo real, explotando su unidad insuprimible y su sustitución inevitable, exhibe, fuerza e inocular en la psiquis, agresivamente, el contenido de un principio de realidad que será rechazado. Este abandono lo será en favor de una salida imaginaria, que puede operar tendiendo a la reconfiguración de un nuevo horizonte simbólico (como sucede en las reacciones nacionalistas y religiosas) o bien a su negación radical.²² Encontramos así sujetos oscuros que recrean atmósferas imaginarias a partir de "cuerpos plenos" inducidos. Por un lado, los mundos imaginarios de los videojuegos y la pornografía, de funcionamiento disjunto pero resultado análogo. Aquí la incidencia del estímulo exterior (donde principio de realidad y principio de placer se identifican) es máxima. Por otro, la morada imaginaria del Dios de las nuevas formaciones religiosas que anhela, con el pretexto de reanudar la tradición, impedir la aparición de un nuevo sujeto fiel.

22 Quizá no se ha insistido lo suficiente en que una cosa es el principio de realidad y otra su contenido. Mientras que el primero designa un axioma del funcionamiento psico-social y por lo tanto se muestra invariante; el segundo está constituido por las sucesivas transformaciones sociales que alcanzan a identificarse con la autoridad del principio, que les da sustento.

Variante de lectura de la operación primordial

Hay otra forma de leer el mecanismo que venimos de describir. Se emplaza también en el plano intermedio que va desde la teoría formal del sujeto hasta la analítica histórica que hemos sugerido en estas páginas. Implica la reducción del fenómeno a dos principios claramente enunciados por Freud. Hipotetizamos que estamos ante un repliegue del sujeto sobre sus tendencias primitivas, asociadas al principio del placer, en desmedro del principio de realidad. Advertimos que la intensidad de este movimiento proviene de una doble fuente: la afectividad apasionada del siglo XX —ahora revertida sobre el yo— por efecto de la reacción histórica frente a sus fracasos —científicos, estéticos, políticos— de proveer lo real prometido, y la singular intensidad con que la evitación de lo simbólico tiene lugar, originada en una etapa cultural más amplia, pero propiciada por medios muy específicos y actuales.

Que lo real indique, por su aparición impetuosa en lo simbólico, su "prioridad" respecto del pensamiento, de lo articulado, promueve la idea de que éste posee también una prioridad respecto del sujeto mismo. E incluso de que constituye su condición de posibilidad. Esta primacía de lo real ("el fondo a partir del cual todas las cosas son", "el silencio primordial que no significa nada", "el *infans*", al decir de Quignard²³) no hace sino verificar que lo real sigue *teniendo que ver* con ese principio de realidad al que aludía Freud hace poco más de un siglo.

Para comprender la evolución psíquica, Freud propone el esquema según el cual lo real proviene "desde fuera" del sujeto limitándolo —separándolo— de la fuente del placer. Este esquema, aunque distinto del de Lacan, no deja de estar en su origen. Es curioso advertir cómo para Lacan un axioma de carácter ontológico, preocupado por el ser de lo real, acabará por constituir un registro mucho más próximo a lo subjetivo que lo que el axioma freudiano, de carácter puramente psíquico, acabará por abarcar como tesis ontológica. Es el signo de la reversibilidad topológica de lo real: anterior y exterior, no sólo se introyecta sino que esta introyección es condición de posibilidad de su existencia como tal. Puesto que lo real proviene para el psicoanálisis siempre desde ese "antes" que haya sujeto (y Badiou no va a desviarse de esta perspectiva ni un ápice), no es improbable su desviación permanente hacia el contenido del principio de realidad. Son dos formas de la imposición que pueden confundirse. El principio de realidad introduce, en su formalismo, de una distancia, una interdicción respecto del objeto de satisfacción primario y, promueve de esa manera, en ese mismo gesto de distanciar, la significación. De ahí la máxima intimidad entre dicho principio y el lenguaje.

23 Es posible pensar la totalidad de los ensayos sobre el último reino de Pascal Quignard como el intento —vano y desbordante y por tanto poético— de alcanzar lo real, es decir, el grado cero del habla, esto es, como el conjunto de sus nombres insuficientes.

Empíricamente hablando, ya lo sabemos, en una fase ulterior desde una perspectiva psicogenética, su contenido depende de formaciones culturales de un momento determinado de la historia.

¿Qué ocurre con el placer? La estrecha relación entre los procesos primarios de todo individuo y el principio de placer fue definida por Freud ya desde antes de **Más allá del principio del placer**, en **Los dos principios del funcionamiento mental**, donde este último aparece nombrado por primera vez. Los procesos primarios tienden a buscar el placer y evitar el displacer. El placer es definido, no sin cavilaciones, como una descarga de tensión acumulada. Anotemos lo que dice Freud con una claridad lacerante:

Hemos advertido hace ya mucho tiempo que toda neurosis tiene la consecuencia de apartar al enfermo de la vida real, extra extrañándolo de la realidad. Este hecho no hubo tampoco de escapar a la observación de P. Janet, el cual nos habla de una pérdida de la *fonction du réel*, como de un carácter especial de los neuróticos. La razón por la cual el neurótico se aparta de la realidad -o de una parte de ella- es porque se le hace intolerable. Y la psicosis alucinatoria no es más que un caso extremo de este mismo procedimiento represivo.²⁴

Freud se inclina por considerar que un nuevo principio debe introducirse para explicar la evolución de la conciencia humana tal y como la conocemos, no sin agregar que ésta no sólo debía ahora representarse la realidad exterior sino también, intentar modificarla ("tender a su modificación real"). Esta tendencia a la transformación de la realidad (aunque no de lo real) es decisiva para lo que aquí nos interesa. Enfrentarse con lo real —y aquí nuevamente lo real designa esa imposición exterior al sujeto— produce angustia. En términos no psicoanalíticos implica un punto de indecidibilidad que requiere ser decidido. Frente a lo real, a lo imposible, a lo salvajemente sin sentido, decidir. Las formas de resolución frente a la angustia de lo real revelan la posición de un sujeto naciente y la figura de los sujetos que preponderan en una época.

En esta clave, es factible interpretar la resolución —la de un sujeto reactivo a la que seguiría, no sin yuxtaposiciones, la de un sujeto oscuro— como una retroversión de la energía libidinal desde lo real hacia lo yoico, dominada por lo imaginario. La novedad, como dijimos, está en el paso intermedio de ataque a lo simbólico. El investimento (καθεξίς) que el siglo XX forjó sobre lo real aparece ahora dividido en una energía de defensa y en un nuevo investimento que podríamos nombrar como individual autoerótico.

24 Sigmund Freud, **Los dos principios del funcionamiento mental**, Buenos Aires, Ediciones Orbis, 1993, p. 1638.

El rechazo parcial del principio de realidad es invariante para cualquier individuo, pero su derribo por causa de una defensa ante lo real profundo, fundamentalmente por la adherencia de este principio de realidad a un real encandilante, constituye la singularidad que tratamos de circunscribir, junto con el mecanismo de fuga hacia lo imaginario. De este modo, en nuestra época, se produce un violento abandono del principio de realidad en favor del principio de placer, recreado, como se verá, con estrategias psíquicas y sociales singulares.

Freud descubrió tempranamente que la respuesta natural al rechazo del principio de realidad es la fantasía:

La tenaz adherencia a las fuentes de placer disponibles y la dificultad de renunciar a ellas parecen constituir una tendencia general de nuestro aparato anímico, tendencia que podríamos atribuir al principio económico del ahorro de energías. Con la instauración del principio de la realidad quedó disociada una cierta actividad mental que permanecía libre de toda confrontación con la realidad y sometida exclusivamente al principio del placer. Esta actividad es el fantasear.²⁵

Esta fantasía tiene carácter infantil y autoerótico, abandonando la dependencia de los objetos externos a la psiquis y al cuerpo propio. Nada diferente a la gran cantidad de individuos solitarios, estallidos del ser social actual, defendiéndose agresivamente por el modo peculiar de la fantasía que el capital les dicta. Badiou mismo refiere a esta circunstancia cuando señala que los jóvenes de hoy en día, especialmente los varones, son niños-adultos cuyo único propósito sería el de adquirir bienes a modo de juguetes. La razón de este escenario es precisamente la falta de rituales de pasaje hacia la adultez, es decir, el quiebre de lo simbólico.²⁶ En ese punto la introducción del principio de realidad, y las neurosis, cumplía bien su función social.

El tipo de sujeto oscuro que descubrimos niega el presente no para sofocar un cambio posible sino para precaverse del daño que este presente le inflige. Estamos ante una subjetividad que se repliega sobre sí, paso a paso, en un esquema de autocomplacencia alucinatoria.

25 *Ibidem*, p. 1640.

26 El arrancamiento subjetivo respecto de lo simbólico coincide parcialmente con la pretendida época de "la muerte del padre", de la que representa sólo una fase novedosa. Mientras que hasta el siglo pasado la tendencia a la muerte del padre tomaba la forma de una contienda con dios a partir, o bien de un optimismo del hacer humano, o bien de un languidecimiento nihilista que afirmaba en última instancia la centralidad del hombre, en el presente la renegación adquiere la forma de una negación de la realidad completa, incluida la subjetividad misma. Sabemos que ésta se produce por vía de la evasión y no de la destrucción (aunque su fantasía no está ausente). En la actualidad (la creciente agresión económica y provocación geopolítica entre potencias, la avanzada de Israel sobre Gaza e Irán, etc.) todo hace prever un nuevo auge del ideal de destrucción. Pareceríamos avanzar hacia una consagración del ideal de destrucción ahora quizá movilizado por su verdadera intención primaria: autoaniquilarse. El principio de destrucción obraría entonces como subrogante de la pulsión de muerte, paroxismo del principio del placer.



Esta alucinación no supondría un reencuentro con el sin sentido de lo real. No sólo por desplegarse casi exclusivamente en el territorio de la fantasía, siempre algo impura, sino por tratarse de una captura de la energía libidinal en un estadio gozante desprovisto de angustia primaria, índice de proximidad con lo real. Podríamos preguntarnos también por qué no estaríamos ante una supresión psicótica de la relación con la realidad. Digamos que no podemos acordar con Berardi cuando sostiene que "el giro neoliberal marcó una transformación de la infoesfera, al incrementar la intensidad y la velocidad de las relaciones entre infoesfera y psicoesfera. El efecto de este cambio es que la represión es reemplazada por la hiperexpresión, y la negación, por una suerte de afloramiento del flujo inconsciente a la escena visible".²⁷ Creemos que lo que él aísla como dos tipos subjetivos diferentes, donde uno sucede al otro, es en realidad un mismo tipo producido por los efectos sostenidos de la acción exterior sobre lo que llama psicoesfera.²⁸

El flujo inconsciente es estimulado e hipersaturado por imágenes, muchas de las cuales se constituyen además como objeto de adhesión de esta libido. Ello no implica una visibilización del inconsciente sino precisamente lo contrario: su ausencia, su sustracción en favor de una visibilidad omnipotente de las imágenes, que no lo traducen ni reflejan. El inconsciente no es, al modo de las psicosis, lo que se expone a cielo abierto si no lo que, constituyendo el torrente ciego que soporta a los sujetos, es acicateado por estímulos para forzar su adhesión permanente a objetos imaginarios que nada tienen para decirnos sobre él, pues la elección de objeto viene forzada desde fuera. Recordemos que para Lacan las psicosis se perciben por su carácter anideico, esto es, fenómenos no conformes a una sucesión de ideas. Las psicosis son siempre efectos de ruptura variados y acumulados. En cambio, nuestro sujeto es perfectamente focal. Imagina lo que está instado a imaginar; recrea su atmósfera paralela a partir de los "restos materiales" que el principio de realidad le dicta, conforme a la formación cultural específica que le ha tocado en gracia. La paradoja de nuestro tiempo es que el imperio de la fantasía viene inducido mientras que la realidad se exhibe expresamente como resto, como residuo marginal. El inconsciente se ha vuelto repetitivo, exterior y vacío. No se visibiliza; se esconde. Cuando la sobresaturación de las imágenes se vuelve completa, la subjetividad misma es la que se hermetiza con una defensa definitiva de lo real, a través del carril imaginario.²⁹

Los fenómenos emergentes más notables de esta fuerza de repliegue están dados por la universalización del solipsismo tecnológico, destacándose el avance sobre el lazo social (progresivamente desde las clases altas y medias hacia la totalidad), la cesión del pensamiento a la inteligencia artificial y los discursos comprometidos con una contra verdad, que confirma la centralidad de la renegación: no una mera evasión; una desmentida de lo que *sabemos que es*.

Resurrección

El sujeto de nuestra era, dual, es primordialmente reactivo respecto de la historia horizontal y oscuro respecto de la historia vertical.³⁰

Respecto de la historia horizontal abjura del gesto de exhumación de lo real del Siglo produciendo una serie de novedades para lograr la permanencia de lo viejo, incluso extrayendo consecuencias de estas novedades reactivas. Tal es el caso de los discursos sumamente vigentes en torno a las "catástrofes comunistas" y de su reformulación ideológica traducida en un mundo sin horizonte y sin historia. Estos discursos tienen por objeto enardecer las almas en contra de cualquier cambio radical que hubiera podido proveer, en el pasado, un presente alternativo. La reacción permite identificar a este tipo de sujeto con el "discurso de los padres", es decir, con una imposición que reacciona frente a lo nuevo y que, no obstante, conserva en su inconsciente (dado que fueron jóvenes alguna vez) el impulso y el propósito del sujeto fiel.³¹ Esta figura del sujeto impulsa su complemento: el sujeto oscuro. Provoca un anhelo de quietud porque el mundo se le vuelve insoportable pero, más profundamente, porque anhela salir de la posición alerta de la reacción permanente. Esta figura se resolverá previsiblemente por la restitución de un pasado tradicional y por la descarga placentera de tensión (que no es más que la restitución del pasado más atávico de todos: la muerte).

Montados sobre el sujeto reactivo, vemos entonces otro tipo de formaciones: los discursos tradicionalistas, los naturalistas tecnofóbicos, los nacionalismos anti globalistas y sus variantes religiosas. Se trata de sujetos oscuros

27 Franco Berardi, *El tercer inconsciente*, Buenos Aires, Caja Negra, 2021, p. 89.

28 "Podemos esbozar así un escenario de psico mutación hacia un régimen autista en las relaciones afectivas y sociales, con la consiguiente perturbación de la imaginación erótica. Una mutua sospecha corporal procederá e impedirá el deseo mutuo. Una sensibilidad fóbica posiblemente acabará por ser internalizada" (*Ibidem*, p. 94).

29 *Ibidem*, p. 57. Aunque aquí no se trata de discurrir acerca del sujeto identificado con una psiquis social si no más bien a advertir el isomorfismo posible entre una teoría formal del sujeto y el funcionamiento social, tendemos a ver, en eso que él llama "la tercera psicoesfera", más una prolongación del "giro psicótico" que atribuye a las postrimerías del

siglo XX que una reacción a su insoportabilidad. Cuando anuncia una subjetividad depresiva y ansiosa, que abriría paso a un "régimen autista en las relaciones afectivas" (Franco Berardi, *op. cit.*, p. 94), entrevemos ese escenario como constitutivo de la fuga psicótica, donde el otro, garante del principio de realidad, representa una amenaza. Esto es consonante con nuestra idea de un sujeto a la vez reactivo y oscuro.

30 Esta última designa para Rozitchner, al mismo tiempo, la generalidad en la que los seres humanos accedemos a la vida, es decir, a partir de la parición y del momento antepredicativo, ensoñado, de la unión materno-filial y la manera puntual en la que cada individuo enlaza con la cultura que le ha tocado en suerte.

31 Alain Badiou, *El Siglo*, *op. cit.*, p. 75.

respecto de la historia vertical puesto que pretenden negar lo real emergente ocultando imaginariamente el presente que, aún de manera distorsionada, conserva los rasgos de dicho real (incluso como vestigios). Recrean una región en esencia ficticia donde residen y se protegen (de lo real puro que vuelve y del principio de realidad que le recuerda que su mónada imaginaria está presta a fracturarse en cualquier momento). Revisten de esta manera los caracteres no de un sujeto psicótico típico si no aquellos que promueven una clausura imaginaria con fijación de sentido. Prueba de ello es la abundante producción de discursos no ya estéticos o religiosos (que los hay) si no frontalmente contra científicos. El combate con lo simbólico adquiere el aspecto de una contra verdad. Badiou dice: "El monstruoso cuerpo pleno que es su ficción es el relleno intemporal del presente abolido".³²

Ante este paisaje dramático, ¿cuáles son las posibilidades de un nuevo sujeto fiel, que apareciera bajo la forma prescripta de la *resurrección*? ¿Qué podría relanzar una nueva apuesta del pensamiento de lo real? ¿Y cómo arrastrar nuevamente las fuerzas hacia la conformación de un sujeto que relance la fidelidad por éste, en su surgimiento como verdad? O bien: ante la pasión por la ignorancia imperante, ese "no querer saber nada de eso", *leitmotiv* de nuestros días, ¿qué es posible hacer, qué dado a pensar? El afecto contemporáneo continúa siendo la pasión. Sin embargo, esa pasión, ese afecto, se ha invertido. La pasión de lo real se ha convertido en pasión por no saber, instanciado en el encierro del cual las imágenes son vigilantes. ¿Podríamos preguntar con Didi-Huberman si existen imágenes intermitentes salvíficas?³³

La consideración freudiana de que es la ciencia (y la represión civilizatoria) la que puede orientar, con destino incierto, un gesto de recomienzo ante los momentos de repliegue oscurantista como el que se halla actualmente en curso, deja, sin embargo, inexplicada la vía para lograrlo. Badiou insistirá con una forma de simbolización no jerárquica, que suele llevar el nombre de la hipótesis comunista.³⁴ Él es, en ese punto, es el más optimista: "Nada podrá detener este movimiento incontenible, iniciado sin duda en Occidente desde el Renacimiento, consolidado en el nivel ideológico por la Ilustración en el siglo XVIII, materializado desde entonces por el auge inusitado de las técnicas de producción y el perfeccionamiento incesante de los medios de cálculo, de circulación, de comunicación, y sometido, desde el siglo XIX, a la lucha política entre el capitalismo en vías de mundialización y la idea colectivista y comunista en sus experimentos, sus terribles fracasos y sus tenaces

reconstrucciones."³⁵ La disyuntiva está localizada así en el seno del avance racionalista.

Nos hallamos aquí, sin embargo, ante un aspecto del problema que toca lo profundo de la concepción epistémica y antropológica de Badiou. El traslado de elementos no racionales -o inconsistentes- con los que usualmente proceden los sujetos históricos no a la teoría (ésta, de hecho, es la tentación heideggeriana) si no a regiones subjetivas en las que se volvería posible la recuperación de "una vida verdadera" es tendencialmente clausurada por Badiou. No así, huelga decirlo, a lo relativo al tema del mundo, que provee, y prolíficamente, apariciones de inconsistencia que permiten incluso la subjetivación misma. Todo sucede como si la inconsistencia del sujeto viniera sólo por una posible falta de vigor en el orden de la decisión, y donde la afectividad no existiera más que de un modo exterior y tardío.³⁶ Allí, en ese punto de imposibilidad, quizá quepa avanzar. Habrá que decidir entre un reforzamiento de la consistencia racional y una apuesta por otorgarle el justo lugar en el pensamiento a las rémoras afectivas de las profundidades ensoñadas que cada uno de nosotros posee. Quizá el recomienzo se sitúe en el mero acto de desconfiar de la declaración de atonía de nuestro mundo que, sabemos, sólo puede ser ideológica.³⁷ Y confeccionar, laboriosamente, desde temprano, un acceso al nuevo Siglo. Y atender a lo real que lo fracture.

Referencias bibliográficas

- Badiou, Alain, **El Siglo**, Buenos Aires, Manantial, 2009, trad. de Horacio Pons.
- , **En busca de lo real perdido**, Buenos Aires, Amorrortu, 2016.
- , **La verdadera vida**, Buenos Aires, Interzona, 2016.
- , **Le Nombre et les nombres**, París, Seuil, 1990.
- , **Lógicas de los mundos. El ser y el acontecimiento, 2**, Buenos Aires, Manantial, 2008, trad. de María del Carmen Rodríguez.
- , **Manifiesto por la filosofía**, Buenos Aires, Manantial, 1990.
- , **Teoría del sujeto**, Buenos Aires, Prometeo Libros 2008.
- Berardi, Franco, **El tercer inconsciente**, Buenos Aires, Caja Negra, 2021.
- Didi-Huberman, Georges, **Supervivencia de las luciérnagas**, Madrid, Abada, 2012.

32 Alain Badiou, **Teoría del sujeto**, Buenos Aires, Prometeo Libros 2008, p. 80.

33 Georges Didi-Huberman, **Supervivencia de las luciérnagas**, Madrid, Abada, 2012.

34 Recalcati, en **L'uomo senza inconscio**, insta a la restauración del discurso del padre, bajo la forma del Estado o de la potencia de la razón. Miller, algo derrotado, da por finalizada la era moderna y piensa menos en una restitución de la ley que en formas inventivas de hacer con lo real.

35 Alain Badiou, **El Siglo**, op. cit., p. 63.

36 Si la creatividad de Rozitchner constituye un enriquecimiento del pensar, un retorno a la vía regia y coloreada de un existir completo, anterior incluso a la restitución heideggeriana del pensar poetizante cuya médula es el silencio, o si estamos más bien ante una nostalgia de lo religioso, incluso parte de esta renegación de lo real, como si se tratase de un balbuceo inicial de dicha renegación, es algo difícil de precisar y depende menos de una argumentación detallada que de la suscripción o el abandono de ciertos axiomas antropológicos.

37 Badiou, **Lógicas...**, op. cit., p. 465.



Freud, Sigmund, **Los dos principios del funcionamiento mental**, Buenos Aires, Ediciones Orbis, 1993.

Gorostiza, Leonardo "Anfibologías de lo real", en Miller, Jacques-Alain, **Un real para el siglo XXI**, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2014.

Miller, Jacques-Alain, **Un real para el siglo XXI**, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2014.

Rozitchner, León, **Marx y la infancia**, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2015.

Resumen

El siguiente escrito es el intento de calibrar el proceso por el cual accedimos a nuestro presente a partir de la tentativa de evadirnos de lo que representa el siglo pasado, que fuera albacea de futuros algo más auspiciosos que los que podemos prefigurarnos hoy. La mecánica del texto debería exhibir un análisis dinámico de la posición del sujeto frente a lo real, que va desde la caracterización badiouana del siglo XX hasta ésta, prematura y provisional, de nuestros días.

Toda época se defiende de lo real. El siglo XX lo hizo mediante su exposición al desastre, es decir, a la opción por revelar lo real a través de su instalación violenta y destructiva. Fue su manera original de escamoteárselo. Sin embargo, es cierto que lo buscó como quizá nunca antes se lo había buscado. Conjeturamos que, si el Siglo tuvo por esencia esta vocación de lo real, su búsqueda frenética por vías expuestas al riesgo y la destrucción, nuestro tiempo es el resultado de una *renegación de lo real*, ubicable entre su mera negación y el anhelo de su supresión lisa y llana. Conservamos del siglo la pasión, sólo que trocada ahora en un intenso deseo de ignorar.

Palabras clave: Badiou; real; sujeto.

What remains of the Century in our time

Abstract:

The following text is an attempt to examine the process by which we accessed our present, starting with the attempt to escape from what the last century represents, which was the executor of futures somewhat more auspicious than those we can envision today. The mechanics of the text should exhibit a dynamic analysis of the subject's position vis-à-vis with the real, ranging from Badiou's characterization of the 20th century to this premature and provisional one of our own time.

Every era defends itself against the real. The 20th century did so through its exposure to disaster, that is, through the choice to reveal reality through its violent and destructive installation. It was its original way of hiding it. However, it is true that it sought it as perhaps never before. We conjecture that, if the Century's essence was this vocation for the real, its frantic search for paths exposed to risk and destruction, our time is the result of a denial of the real, located between its mere negation and the desire for its outright suppression. We retain the passion of the Century, only now transformed into an intense desire to ignore.

Keywords: Badiou; real; sujet.

[Recibido: 30/03/2025.

Aceptado: 25/06/2025].